

nuestra parte.» Ya sabía él cómo tenía que hablar á su gente, pero no por eso pudo extirpar la malquerencia entre los de Medina y los de la Meca. Mientras él vivió y mientras despues de él llevaron el timon del Estado las fuertes manos de Abu Bekr y Omar, aquella malquerencia permaneció latente; pero debía aun costar la vida á su yerno, el débil Othman, y paralizar el poderoso vuelo del islamismo con guerras civiles que duraron muchos años.

Tan negros destinos no proyectaban aun sombra alguna sobre los esplendores del presente. Despues de la pacífica entrada de la Meca en la liga del Estado de la fe, no quedaba ya en toda la Arabia ningun poder bastante independiente para librarse de la preponderancia de Medina. Aunque Mahoma, con relacion al número de habitantes, no dominaba todavía en aquella época mas que sobre una tercera parte del país, era tan fuerte la impresion de irresistibilidad que causaron en todas partes los no interrumpidos triunfos de los últimos años, tan manifiesta la incapacidad de las tribus, fraccionadas en centenares de agrupaciones inferiores, para una reconcentracion uniforme de sus fuerzas, y tan eficaz para la codicia de los beduinos el incentivo de las reparticiones de botin, seguramente exageradas aun por la voz pública, que casi sin excepcion hasta en las comarcas mas apartadas bastaba la simple intimacion del Profeta para inducir al pueblo á adherirse al nuevo órden de cosas. El procedimiento para esto era casi el mismo en todas ocasiones. A la voz del enviado de Dios acudían los caudillos de las varias tribus á Medina á negociar personalmente. Allí les aguardaba la mas complaciente acogida: se lisonjeaba el orgullo de los hijos del desierto, acomodándose á sus no siempre muy cortes modales y encomiando su noble origen, las excelencias de su tribu y la fama de sus proezas; se satisfacía su codicia por medio de ricos presentes sacados del Erario, siempre repleto á la sazón; se tranquilizaba su celo por el propio influjo con la confirmacion expresa de su autoridad sobre sus compañeros de tribu; en una palabra, no se dejaba de echar mano de todos los incentivos con que una hábil diplomacia sabía tentar los instintos egoistas de hombres incultos. En un punto, sin embargo, era inflexible Mahoma: á todas las tentativas de alterar en lo mas pequeño los deberes, aun en la apariencia mas sencillos, impuestos por el Islam, oponía un invariable «no». La confesion de la fe, que implicaba el abandono del culto idólatra y la sumision á la autoridad del Profeta, la obligacion de la oracion cinco veces al dia, y el pago del «tributo de los pobres,» esto es, la entrega del diezmo al Erario, eran las condiciones, siempre idénticas, de las cuales ni aun los árabes mas recalcitrantes, y los árabes saben serlo mucho, podían regatearle nada. Durante estas negociaciones, que llenaron casi por completo los años 9 y 10 (630 y 631), se realizaron tambien varias expediciones guerreras para acelerar la sumision de algunas tribus ó excitar la buena disposicion de otras, como tambien las que eran necesarias cuando á veces los recaudadores de los impuestos, que se enviaban á todas partes, no eran recibidos con el entusiasmo que se esperaba. Pero estos eran casos muy aislados; solo á principios del año 11 (632), cuando en límites extensos se hicieron sentir poco á poco y cada vez con mayor fuerza las molestias de las disposiciones religiosas y civiles y el gravámen de la tributacion, empezó á prepararse una reaccion mas fuerte en la poblacion árabe. Hasta allí, el movimiento de las incorporaciones había sido fácil y, por lo mismo, uniforme, mereciendo solo algunos pocos casos especial mencion.

Entre el golfo Pérsico y la Arabia central moraban los poderosos Benu Temim, de los cuales algunas subtribus parece que se habían extendido bastante lejos hácia el Oeste.

A una de estas, la de los Benu Amr, se acercaron recaudadores musulmicos que cobraban el diezmo de los josaitas al Norte de la Meca. Los amritas, recelando que extendieran tambien á su territorio su actividad antipática, acudieron y los expulsaron de allí á mano armada. Oyeina, caudillo de los Fesara, perteneciente á los gatafan, se ofreció gustoso á castigarlos, y cayendo sobre ellos con 50 de sus ligeros beduinos, apresó unos 50 hombres, mujeres y niños, que condujo á Medina. Para rescatarlos enviaron los Temim una diputacion á la ciudad. Eran gente grosera y orgullosa; colocáronse junto á la mezquita pidiendo ver á Mahoma con formas ruidosas y alborotadas, y cuando este salió, por último, de casa de Aischa para dirigir la oracion de la tarde, se agolparon á su alrededor. Mahoma pasó delante de ellos sonriendo afablemente, sin pronunciar una palabra, y solo despues de terminada la oracion les concedió audiencia. Segun la costumbre del desierto, se levantó entonces uno de los Temim y pronunció un bello discurso, en el cual ensalzó á su pueblo como la mas noble, la mas rica y la mas numerosa de todas las tribus del Este. Mahoma conocía á los beduinos y sabía que debía imponérselos en su propio terreno: hizo, pues, seña á uno de los suyos, que pronunció un elogio no menos exagerado del enviado de Dios y de sus partidarios. En vista de esto, el principal poeta de los Temim, Es-Sibrikan, recitó algunos hermosos versos que trataban asimismo de la grandeza de su pueblo; pero tambien á este consiguió sobrepujar el poeta particular de Mahoma Hassan Ibn Thábit, con improvisados giros todavía mas hermosos, de modo que los beduinos tuvieron ocasion de convencerse de que en realidad nadie podía competir con aquel profeta, que no solo se comunicaba directamente con Allah sino que disponía tambien de los mas ingeniosos oradores y poetas. Así, pues, se conformaron con hacer su sumision y les fueron devueltos sus prisioneros. Al propio tiempo apareció un corán que prohibía en adelante toda agrupacion y gritería al paso del Profeta.

Muy importante fué que tambien por aquella época se convirtieran algunos célebres poetas y pusieran al servicio de la fe la gran influencia de sus dotes. Mahoma no sabía hacer versos, y, por lo mismo, no era muy amigo de la poesía ni de los poetas, y ¡ay de aquel que además de poseer tan peligroso don lo ponía al servicio de Satanás! ya hemos encontrado mas de uno que debió pagar con su vida un epigrama contra el Profeta. Así cuando el Islam se extendió por todas partes corrió grave peligro Ka'ab, hijo del célebre Soheir, de la tribu moseína. Era un poeta de grandes talentos, pero tenía desgraciadamente, como la mayor parte de los hombres de genio, cierta inclinacion al escepticismo, y cuando su hermano Bodscheir se convirtió al Islam, como la mayoría de los moseína, se divirtió haciendo algunos versos muy burlones sobre el asunto.

Mahoma entonces pronunció contra él sentencia de muerte, y desde que el otro Ka'ab había sido víctima por igual motivo, era sabido que en semejante caso nadie estaba seguro del puñal de un fanático cualquiera. De buen ó mal grado debió decidirse Ka'ab, á quien Bodscheir había advertido del peligro que le amenazaba, á correr el albur de entregarse por completo á la generosidad del Profeta. Llegó disfrazado á Medina y se introdujo en la mezquita, donde encontró á Mahoma en conversacion con algunos creyentes. «Enviado de Dios,—le dijo cuando hubo conseguido llegar hasta él,—Ka'ab Ibn Soheir está aquí para pedirte perdon como arrepentido y creyente; ¿le recibirás propicio si te lo presento?—¡Sí!—Yo soy Ka'ab.» Uno de los ansares, airado por el ardid empleado con el Profeta, se precipitó para matarlo, pero Mahoma confirmó el perdon. En agradeci-

miento recitó Ka'ab una magnífica loa que había compuesto en honor del enviado de Dios; cuando hubo llegado al pasaje:

Una espada es el enviado, que ha venido para iluminarnos,
De las espadas de Dios es una de acero, una centelleante...

el así ensalzado se quitó de los hombros su manto verde y lo arrojó sobre el venturoso poeta. Por eso se llama á esta poesía «la poesía del manto.» Tanto valor dió Ka'ab al regalo del Profeta que no quiso cederlo cuando el califa Moawiya le ofreció por él 10,000 dirhems; solo despues de la muerte del poeta pudo adquirir este príncipe el precioso manto por 20,000 dirhems de sus herederos. Como una de las joyas mas preciadas se conservó desde entonces en el tesoro de los príncipes de los creyentes, primero en Damasco y luego en Bagdad, hasta que en el año 656 de la Egira (1258 de Cristo) fué quemado cuando la toma de la ciudad por los tártaros. Es verdad que el manto del Profeta se enseña aun hoy en Constantinopla en el palacio del sultan, pero su autenticidad no es mas cierta que la de la sagrada túnica de Tréveris.

Tarde relativamente, solo despues de la muerte del rudo Amir Ibn Tofeil, cedieron los Benu Amir de Ssa'sa'a; pero ya antes el anciano Abu'l Bará, á quien hemos visto hace algunos años inclinado al Islam, había enviado á su sobrino Lebid, uno de los principales poetas árabes y autor de una mo'allaka, para prestar homenaje en Medina. No fué tan fácil lograr la conversion del heredero de otro hombre principal. La importante tribu de los Taiy, que moraba al Noroeste de Medina, en el distrito de las dos célebres cordilleras Adscha y Selma, y que aun no profesaba el islamismo, tributaba culto al monstruoso ídolo llamado Fuls; así, pues, viendo Mahoma que los taiyitas, vecinos fronterizos de los musulmes desde la conquista de Heibar, no manifestaban inclinaciones á convertirse aun despues de la conversion de la Meca, envió á Alí en el año 9 (mediados de 630) para destruir el templo y el ídolo. Hacia tiempo que había muerto el célebre príncipe de los taiyitas, Hathim el generoso; su hijo Adi, que estaba á la cabeza de una subtribu, consiguió escapar en aquella ocasion á la Siria, pero tuvo que dejar á una hermana, la cual, con otros prisioneros, fué llevada á la Meca. Era persona discreta, y supo lograr del Profeta su libertad, marchando á Siria y decidiendo á su hermano á que regresara y se convirtiera. Mahoma le puso de nuevo al frente de su tribu, y desde entonces el hijo de Hathim permaneció fiel á la causa de la fe aun despues de que la mayoría de los árabes la abandonó.

A fines del año 9 (630) ya se habían amansado tambien los Thakif de Taif y sus alrededores: Malik les había causado tanto daño con sus hawasin, que nadie se atrevía ya á salir de la poblacion y los habitantes se veían reducidos casi á la mendicidad á causa de la pérdida de la mayor parte de sus camellos y demás ganado, que les era robado constantemente de las tierras de pasto que había delante de los muros. Decidieron, por último, á enviar delegados á Medina, que hallaron allí amistosa acogida, y hasta el mismo Profeta condescendió en instruirlos en la doctrina de la fe. Ellos se mostraron tambien muy dóciles; pero decían que el populacho de Taif estaba aferrado con pertinaz obstinacion á la Lat, su antigua diosa, y que si se la dejaban todavía unos tres años, sería entonces mas fácil que se acostumbraran poco á poco á la verdad divina. Mahoma fué, sobre todo y con razon, inflexible en este punto; ni cómo había de ser indulgente precisamente con la Lat, causa del grave tropiezo que le ocurrió en la Meca? En vano regatearon los buenos taiyitas en favor de su ídolo como Abraham lo había

hecho por los justos de Sodoma; no pudieron lograr para su diosa ni dos años, ni un año, ni seis meses, ni siquiera un mes de plazo; solo les fué concedido que no destruyeran la imagen por su propia mano. Un antiguo compatriota suyo, Moguira Ibn Scho'oba, que era muslim hacia tiempo, fué el que la hizo pedazos; cuando vieron las buenas gentes que la diosa se dejaba tratar de aquel modo sin aniquilar al malvado, se convencieron de su impotencia y no se resistieron ya por mas tiempo á la conversion.

Entre las tribus que enviaron diputaciones había tambien algunas que hasta aquella época habían profesado, á lo menos exteriormente, el cristianismo. Una de estas era la de los Benu Hanifa, subtribu de los Bekr de Wail, que habitaba entonces en la fértil Yemama, parte mas Sudeste de la Arabia central. Entre sus enviados se encontraba un hombre de experiencia llamado Maslama (1), que no dejó pasar inadvertido nada de lo nuevo que un beduino podía ver y oír en Medina; muy pronto debía Mahoma conocer que aquel hombre, que en nada parecía diferenciarse de los muchos que como él le prestaron homenaje y recibieron sus regalos, había tenido ocasion de informarse demasiado bien de la naturaleza de su espíritu profético. Sin embargo, no todos los cristianos de la Arabia se manifestaron dispuestos á renunciar tan fácilmente á su fe. Los hombres de Nedschran, que no habían dejado de mantenerse fieles á Cristo bajo el dominio de los reyes judíos del Yemen, á pesar de las mas graves persecuciones, no querían tampoco entonces hacer caso alguno del Islam. En vano agotó el Profeta todo su arte de persuasion con su obispo Abu'l Harith y con su príncipe Abd-el Mesich (2), que habían ido á Medina á defender personalmente su causa; permanecieron inquebrantables, y Mahoma tuvo que contentarse con un pacto asegurándoles el libre ejercicio de su religion mediante el pago de un tributo considerable.

Al lado de las negociaciones que en estos dos años sometieron á la supremacía de Mahoma todas las tribus de la Arabia hasta el mar Indico, solo tenemos que mencionar una empresa guerrera de grandes proporciones, cuyo desenlace, por lo demás, no fué sangriento. Naturalmente, en medio de los triunfos cercanos no quedó olvidada la derrota de Muta, y aun independientemente del honor militar y religioso, la necesidad política exigía que se infundiera respeto duradero á las tribus que tenían sus tiendas hácia el Norte de Medina, hasta la frontera de Siria, por medio de una expresiva ostentacion de fuerza militar. La expedicion de Amr á aquellas comarcas había sido suficiente por el momento; pero ya los mercaderes sirios de raza semítica, que acostumbraban á visitar el mercado de Medina con sus productos, en especial aceite y harina fina, ponderaban de nuevo la grande agitacion de las tribus árabes que solían seguir las banderas de los príncipes gasanidas, y hasta el mismo emperador Heraclio se decía que estaba reconcentrando en Emesa un grande ejército del cual aquellas tribus no eran mas que la vanguardia. Estas noticias no podían infundir temor ni á Mahoma ni á los creyentes, y aun á los de la Meca y á los beduinos, indiferentes en materia de religion, se les había comunicado ya de tal modo el fanatismo del éxito que no les arredraba en manera alguna la perspectiva de una guerra con el Rum (3).

(1) La tradicion le llama Mosellima, pero esto no es mas que un diminutivo depresivo del verdadero nombre, formado y aplicado posteriormente.

(2) En castellano el siervo del Mesías, esto es, de Cristo.

(3) Sabido es que los bizantinos gustaban de designarse como romanos, y nosotros mismos decimos: el imperio romano de Oriente. Por eso para los orientales los rum son ante todo los bizantinos; de los antiguos romanos, los latinos, como suelen llamarlos los árabes mas ins-

De todas suertes no dejaba de ser una grave empresa, como quedó demostrado en Muta; así, se hizo cuanto se pudo en Medina para reunir un ejército imponente, tal como no se había visto aun en la Arabia. Sin embargo, no todos los llamados por el Profeta al campamento se mostraron bien dispuestos. Era á mediados del verano (Rabí I ó II del año 9, ó sea entre junio y julio de 630) y hacia un calor sofocante; era, pues, poco tentadora la perspectiva de una marcha de mas de cien millas. Así, mientras los fervientes, respondiendo al llamamiento de Mahoma, ponían á su disposición no solo sus personas sino tambien gran parte de sus bienes para «los caminos de Dios,» otros se mostraban remisos y procuraban, con excusas mas ó menos especiosas, eximirse de tomar parte en la campaña. De estos fueron los primeros, como era natural, los «hipócritas» con Abdallah Ibn Ubay á su cabeza, y el Profeta les concedió la exención de muy buena gana. Tambien cierto número de jóvenes que en otras ocasiones no habian dado señales de morosos, se vieron impedidos de concurrir esta vez por todo linaje de incidentes extraños, de cuya verosimilitud no quiso dudar el enviado de Dios; solo á los beduinos, á quienes bajo ningun concepto se podía permitir que se acostumbraran á considerar el servicio como cosa arbitraria, no les fué admitida excusa alguna. Por último llegó á reunirse un ejército de 30,000 hombres con 10,000 caballos; con esto ya era posible atreverse á presentarse frente á los griegos. Pero no se había de ir tan lejos esta vez; pues, segun se refiere, cuando las tropas, despues de fatigosas marchas, hubieron llegado muy cerca de la frontera, túvose noticia de que se habían disuelto las reconcentraciones de fuerzas enemigas en la comarca oriental del Jordan y que tampoco había nada que temer por parte del emperador en bastante tiempo. No estamos en posicion de formar juicio acerca de la exactitud de estos datos, ni de los motivos que impidieron á Mahoma intentar, como parecia indicado en aquellas circunstancias, por medio de una fuerte razzia en el territorio bizantino, el desquite de Muta, que públicamente se había anunciado como el objetivo de la expedición. Me inclino á suponer que las fatigas de la pesada marcha fueron tales para el ya sexagenario Profeta, que no creyó poder soportar su continuación. Sea de esto lo que fuere, hizo alto en Tabuk, última poblacion importante antes de llegar á la frontera, á unas 70 millas de Medina, y se contentó con ajustar tratados con el príncipe cristiano Juan de Aila (1), hasta entonces sometido á la soberanía bizantina, y con los habitantes judíos de algunos lugares de la costa al Sur de esta última ciudad, concediéndoles, en cambio del pago de determinado tributo, tolerancia y proteccion por parte de los musulimes. Despues de permanecer veinte dias en Tabuk emprendió la retirada con el grueso de sus fuerzas, llegando á Medina al cabo de unos quince dias, mientras que una partida de 420 jinetes escogidos, á las órdenes de Jalid, siguió adelante para realizar otra empresa. A 40 millas próximamente al Nordeste de Tabuk se encontraba, en medio del desierto, el oasis Dumat-el-Schandal. Segun la tradicion usual, ya tres años antes, 6 de la Egira (627), se había hecho tributaria esta poblacion; si esto es cierto, hemos de suponer que despues de la batalla de Muta, que debilitó sensiblemente y por bastante tiempo la influencia del Islam en el Norte, se apoderaron de nuevo de este puesto avanzado los vasallos cristianos de los persas en el que había sido reino de Hira. De todos modos, se hace mencion ahora de un nue-

truidos, saben muy poco, y los confunden á cada momento con los bizantinos y á estos con los antiguos griegos.

(1) Ahora Akaba, en el extremo septentrional del brazo oriental del mar Rojo, muy cerca de la peninsula del Sinai.

vo rey allí, Ukeidir, el cual naturalmente profesaba el cristianismo. Los beduinos de Jalid lograron sorprender y apresar al príncipe mientras cazaba acompañado de corta comitiva, el cual fué conducido á Medina, pero devuelto á los suyos tan pronto como quedó ajustado con él un convenio de sumision.

Antes de terminar ese mismo año 9 (principios de 631) el Profeta se vió libre de un estorbo cuya desaparicion seguramente deseaba hacia mucho tiempo, con la muerte de Abdallah Ibn Ubay. Durante años, el que había sido el hombre mas poderoso de Medina tuvo que acostumbrarse á ceder paso á paso su influencia al que odiaba como advenedizo hipócrita. Pero tambien fué suya la culpa: su temor de infringir el pacto convenido con Mahoma se convirtió en debilidad impropia de un alma varonil en el momento en que dejó abandonados á su suerte á los judíos de los Kainoká y de los Nadir, cuya proteccion le estaba tambien encomendada por medio de pacto; debilidad que en parte se explica por la antigua solidaridad de tribu que le ligaba á los auxiliares del Profeta, pero que no por eso queda completamente justificada. Por lo demás, expió cruelmente sus faltas: la amargura que debía llenar diariamente el alma del príncipe de los jasradschs al contemplar la prosperidad del plebeyo de la Meca; el constante descenso hasta la miserable condicion de descontento sin prestigio ni influencia, que no se atrevia mas que á apretar los puños bajo el manto y que había de mirar inactivo y rencoroso como los demás, á centenares, se proporcionaban honores y riquezas; en una palabra, toda la miseria de una grandeza caída, hasta la muerte oscura en el desolado lecho del enfermo, fué un destino que aun hoy no podemos considerarlo sin conmiseracion. Mahoma, con mucha sensatez, le hizo los últimos honores y le reconoció como muslim recitando él mismo la oracion sobre su tumba; pero poco despues apareció un corán prohibiendo toda rogativa por los «hipócritas,» equiparándolos así con los infieles. Aquellos no se hicieron los desentendidos, y de mejor ó de peor gana aceptaron el Islam; desde la muerte de Abdallah no se habla ya de ellos, y se extinguen por completo los últimos latidos de independencia en Medina.

Pero en el resto de Arabia parecia tambien haber llegado el momento de recoger las riendas para acelerar la sumision de las tribus aun mas distantes, cuyas diputaciones continuaron presentándose, una tras otra, en la capital hasta fines del año 10, como, asimismo, para refrenar toda rebeldía y toda incredulidad. Hasta allí, la admision á las fiestas de la Meca concedida tambien á los peregrinos paganos, á los cuales Mahoma no se atrevió á impedirselas despues de la toma de la ciudad, prestaba todavia al culto de los ídolos cierta apariencia de igualdad de derechos. El Profeta, que en todo caso no creía conveniente dar á semejante tolerancia una aprobacion manifiesta por medio de su presencia, se contentó en el año 8 (630) con la «peregrinacion de visita,» que cumplió despues de haber repartido el botin en Schiarana; pero en el año 9 (631) no se acercó á la Meca, y envió, con la comitiva de peregrinacion de los de Medina, presidida por Abu Bekr en sustitucion suya, á Alí para proclamar una ordenanza á los peregrinos que habían acudido de todas las comarcas de la Arabia, cuya ordenanza tenia por objeto acabar definitivamente con el paganismo. En el último dia de la fiesta, despues de terminado el acostumbrado sacrificio en el valle de Mina, anunció Alí á todo el pueblo el solemne «apartamiento de Dios y de su enviado de los ídólatras,» tal como se ha conservado al principio del capítulo IX del Corán. Ningun infiel, este es su contenido esencial, tendrá de hoy en adelante acceso al territorio sagrado para cumplir los usos de la peregrinacion. Los convenios que el Profeta ha

ajustado con los infieles permanecen en vigor hasta que termine el plazo de la duracion convenida, mientras ellos continuen cumpliéndolos puntualmente; los que no hayan ajustado convenios deberán elegir entre la aceptacion del Islam y la guerra de destruccion. Mientras duren los meses sagrados, tienen estos últimos derecho á regresar á sus casas sin que nadie les moleste; despues serán atacados donde quiera que se les encuentre.

Estas memorables ordenanzas son las que hasta hoy regulan las relaciones del Islam con los adeptos de otras doctrinas religiosas. Los cristianos y judíos que habitan en territorio musulmico están protegidos segun los contratos; es tolerado el ejercicio de su religion mientras se conforman con las condiciones que el Profeta estableció en sus pactos con los cristianos de Nedschran y Aila y con los judíos de Heibar y del Norte, y que el califa Omar aplicó despues á los nuevos territorios despues de las grandes conquistas. Luego que se niegan á cumplirlas, y, sobre todo, á pagar el tributo que se les impone, los musulimes tienen obligacion de hacerles la guerra hasta exterminarles ó convertirlos. La verdadera idolatría no es consentida en modo alguno; los paganos deben ser obligados de todas maneras á aceptar el Islam. Si la fuerza de los musulimes no alcanza á dar cumplimiento á estas ordenanzas, pueden entonces ajustar con los infieles treguas por determinados plazos, como el Profeta en Hodeibiya; pero en este caso la obligacion de la «guerra santa» solo está en suspenso hasta que sea posible satisfacerla de nuevo. Solo aquel que ignore que estas máximas fundamentales del derecho nacional musulmico pertenecen á los inquebrantables preceptos de la fe islamita puede creer aun hoy dia en la posibilidad de que se establezca una verdadera igualdad de derechos entre los adeptos del Islam y los de otras religiones dentro de un Estado mahometano, ó imaginarse que es hacedero remediar esto empleando prácticas occidentales, que como transgresiones de aquellas máximas, son objeto de abominacion para todo creyente. Todos los pactos y convenios que, por ejemplo, una diplomacia, mas pagada de sí misma que perspicaz, ha conseguido imponer á los turcos en nuestro siglo por medio de todo género de adulaciones, para hacerles felices contra su voluntad, no valen el pedazo de papel en que están escritos y solo sirven para los mismos hombres de Estado mahometanos como una nueva prueba de la simpleza de los infieles, que se pagan de frases vacías de todo sentido racional para el verdadero creyente.

«El apartamiento» proclamado por Alí causó el efecto deseado; solo en unos pocos casos aislados fué necesario emprender pequeñas expediciones, como, por ejemplo, á la Arabia del Sur para dar una leccion á alguna que otra tribu; y al terminar el año 10 (principios de 632) pudo decirse el Profeta que su doctrina había llegado á dominar hasta en las mas apartadas fronteras de la Arabia. Sin el temor de encontrar en la casa sagrada infiel alguno pudo emprender el viaje á la peregrinacion cinco dias antes de comenzar el mes en que se verificaba ésta, el de Zul-hiddscha, la primera y última peregrinacion á que pudo asistir con todo esplendor á la cabeza de sus fieles, con la conciencia de haber alcanzado el objeto de sus esfuerzos: la «peregrinacion de despedida» la llaman aun hoy dia los adeptos de su religion. Como despues hubo empeño en seguir los usos santos lo mas exactamente posible segun fueron por él practicados en aquella ocasion, ha sido transmitido y descrito con especial cuidado cuanto dijo é hizo entonces. Pero no es necesario que aquí nos detengamos á detallar minuciosamente lo que se tratará mas adelante, con referencia á la fiesta de la peregrinacion, al propio tiempo que de la doctrina mahometana.

En el segundo de los tres dias, que solian permanecer los

peregrinos todavia en Mina, despues de terminadas las fiestas, dirigió Mahoma una plática á la comunidad reunida allí, en la cual, en primer lugar, para poner en órden en lo porvenir la celebracion de la fiesta santa, dispuso definitivamente la computation del año en doce meses puramente lunares, esto es, introdujo en sustitucion del antiguo año solar con meses intercalares, el lunar que todavia rige hoy entre los musulimes (1) y en segundo lugar concretó otra vez los deberes principales de la religion é inculcó su cumplimiento á los creyentes. Todos los musulimes son hermanos; la vida y la hacienda de cada uno deben ser sagradas para los demás; no puede ser vengado ningun delito de sangre de la época pagana; el matrimonio es indisoluble; la hacienda de la familia queda asegurada en todas circunstancias á los herederos legítimos; las mujeres, que están obligadas á la castidad y á la obediencia, deben ser, en cambio, bien tratadas y cuidadas; los esclavos serán considerados, y no matados por sus faltas, sino, á lo sumo, vendidos.

Estos son los conceptos principales que han llegado hasta nosotros de este discurso de despedida, y ponen ante nuestros ojos con toda concision el gran progreso que distingue al Islam, bajo todos aspectos, del antiguo modo de ser árabe. Edificacion de un órden social en vez de la guerra de todos contra todos; seguridad de la propiedad contra el robo y la arbitrariedad; reglamentacion, aunque incompleta, del matrimonio y de la sucesion; proteccion de los esclavos contra la crueldad de sus amos; igualdad de todos los musulimes ante la ley,—y, por último, podria haber añadido tambien la abolicion de usos bárbaros ó inmorales, como el enterrar vivos á los recién nacidos,—son obras de que el Islam puede enorgullecerse, y con justicia puede una tradicion, ciertamente no infundada, poner en boca de Mahoma en esta ocasion las siguientes palabras: «En verdad yo he cumplido mi mision.» Y al dar por terminada la mision de su vida, demasiado pronto debía seguir tambien el fin de la vida misma.

Cuando á fines del año 10 (primavera de 632) hubo regresado Mahoma á Medina, nada extraordinario parecia deber perturbar el órden de cosas aparentemente consolidado bajo todos conceptos. Cierto es que acababan de estallar algunas agitaciones en la Arabia del Sur, pero pronto perdieron todo carácter grave á causa de la torpeza y desunion de sus promovedores; no parecia tampoco amenazador que por aquella época se recibiera una insolente carta de Maslama ó Moseillima, en la cual manifestaba el caudillo de los Benu Hanifa que había decidido ocupar en Yemama idéntica posicion á la que Mahoma se había conquistado en la Arabia del Norte; era de esperar que semejante pretension seria ahogada en su nacimiento por la via diplomática. Que al propio tiempo se preparara tambien entre los Benu Asad, en el lejano Oriente, una fermentacion amenazadora, no podía aun saberse en Medina; no existía, pues, razon alguna para abstenerse de una nueva expedicion que Mahoma proyectaba desde su regreso de la de Tabuk. Tratábase de reproducir aquel paseo militar de un modo mas imponente, de llevar la guerra, esta vez definitivamente, mas allá de las fronteras de Arabia, al territorio bizantino. El objeto de los

(1) Comprende este año exactamente doce revoluciones de la luna; así, pues, segun los casos, 354 ó 355 dias; si son 355, se añade al último mes (Zul-hiddscha) un dia intercalar. Este arreglo, debido naturalmente tan solo á la ignorancia de Mahoma en materia cronológica, tiene para los mismos mahometanos el inconveniente de que sus meses, y por lo tanto tambien sus fiestas, pasan todos, en 33 años aproximadamente, una vez por turno por las varias estaciones del año, y para nosotros la molestia, al verter á nuestro cómputo sus fechas, de que el año mahometano sea 14 dias mas corto que el nuestro, lo que constituye una diferencia de cerca de tres años cada ciento. Respecto de los meses, véase lo dicho anteriormente.